

Panorama Cultural

A CARGO DE M. P. P.

Juan Sebastián Bach
(1685 - 1750)

*Buscad el bien, y no el mal,
para que viváis.*

Profecía de Amós.

Los dioses respiraron un vaho sobre los ojos de los hombres, y los hombres no podían ver todas las cosas, sino lo que estaba cerca; no comprendían todas las cosas, solamente un poco de lo que era el mundo.—Del famoso libro maya escrito en quiché, *La Creación del Mundo*.

Un materialismo sin grandeza pesa sobre el pensamiento y estorba la acción de los gobiernos y de los individuos; el mundo muere de asfixia en su egoísmo imprudente y vil; al morir nos ahoga.—Palabras escritas en 1903 por Romain Rolland al comienzo de sus *Vidas Ejemplares*. Palabras que se pueden repetir hoy y quizá dentro de cincuenta o cien años. Yo repetiría las que siguen en ese mismo párrafo: “respiremos el aliento de los héroes”, y agregó: “y de los Dioses.”

Todas las civilizaciones han tenido iniquidades y hombres mezquinos. La mayoría de nuestra literatura moderna hoy día es sórdida, negra, cuentos y novelas de rapistas y asesinos. La vida tomada en el pasado y en el futuro es fatal y agobiante —nuestras cruces avasallantes, la vejez terrible— pero cada cosa tiene su lugar, cada prueba su razón. Es necesario levantar el espíritu del hombre, sentir el renacimiento continuo en rededor. Hacer de cada motivo una dádiva de gracias. Cuanta vez abro un tubo de agua para lavar las manos, los platos, la ropa, cualquier menester diario, digo: “Bendita agua clara, gracias Señor por ella y su belleza.” Me inunda el regocijo. Es necesario ver lo bello, buscarlo, todo lo imperecedero, estos regalos infinitos de los dioses.

Durante la Semana Santa, todos los días, de una a dos de la tarde y de once a doce de la noche, oí la Misa Mayor en Re Menor de Juan Sebastián Bach. De todos los quehaceres y deberes me retraía esas horas, para cumplir el deber con mi alma. Cuando comenzaban las voces a llenar el ámbito subía mi oración. “Gracias, Dios mío; gracias, Dios mío.” Respiraba el aliento de los héroes y los dioses. Era un baño completo del espíritu.

No sé nada de música, no toco ningún instrumento, no puedo cantar una nota, pero la música ha sido siempre la gran inspiración de mi vida.

Desde el principio del Universo, cuando se dijo —primero fué “la Palabra”— el sonido ha tenido connotaciones altas e imperecederas, imprescindibles. Con el sonido se derrumbaron las

paredes de Jericó, con la voz humana es posible romper un vaso de cristal. La primera religión del hombre fué el sonido, al tratar de comunicar su aspiración a lo alto. La música es siempre y ha sido la palabra del alma. En Egipto la música se creía de origen divino; así Hermes descubrió el principio de voces en armonía, inventó la lira y la primera forma de la cítara y guitarra. Osiris de la flauta. Flauta como la de los incas del Perú, solamente con cuatro aperturas. En la Grecia la flauta fué adoptada por Diodorus de Tebas, que le añadió otras aperturas y la adecuó para la boca en marfil y hueso. Los griegos poseían tres escalas evolucionadas más tarde a siete. Las armonías según Platón, de las esferas celestes, solamente eran oídas por los dioses. Más tarde fueron interpretadas para el hombre por maestros como Bach. En las Doctrinas Secretas la influencia de la música tiene tremenda importancia y los grandes maestros de la armonía son precursores de civilizaciones, inspiradores del pensamiento del hombre.

Juan Sebastián Bach, el intelectual del alma, vivió como tantos, tantos grandes, lleno de pruebas y sufrimientos; fué siempre pobre, conoció bien el hambre. Reconociendo su genio, por años se vió humillado, con puestos oscuros y mala paga. Perdió a su esposa amada. Conoció la noche de la ceguera, pero pocos días antes de morir recobró su vista y pudo una vez más ver las caras de sus hijos y nietos, la faz del mundo. Ya en el año de 1590 la familia Bach daba a Alemania una larga serie de músicos de eminencia. Cantores, violinistas, pianistas, organistas, compositores, todos los Bach forjaban la cadena de generaciones para la herencia de Juan Sebastián. De muy temprana edad el niño comenzó su aprendizaje, en el violín, enseñado por su padre, en el órgano, enseñado por su hermano. Aprendió a tocar el clavicordio y compuso música para todos estos instrumentos. Tenía una voz maravillosa y su primer entrenamiento fuera de su hogar fué como corista en la iglesia de San Miguel, de monjes benedictinos, en Luneburg. Respiró el ambiente religioso de Luther —la austeridad religiosa de una Alemania parca— pero Bach transformó ese ambiente en raras melodías, en atrevidas armonías extraordinarias sin perder la lógica, ni la precisión matemática de la ley armónica y religiosa.

En sus facciones bien se estudia su carácter alto, indomable. Ancha frente, facciones recias, bien definidas, ojos claros y acuencados, nariz dantesca, labios generosos, dulces, enérgicos. Una mandíbula bien formada, de hombre masculino, ancha y fuerte, el hueso de-

Petróleos Mexicanos

**ADQUIERE CINCO NUEVOS BUQUES-CISTERNA
EN BENEFICIO DE LA DISTRIBUCION
A GRANEL DE SUS PRODUCTOS**

Petróleos Mexicanos, al servicio de la Patria, con el objeto de mejorar la distribución de productos derivados del petróleo para satisfacer más eficazmente a los consumidores en el país, ha adquirido recientemente cinco barcos-cisterna con tonelaje bruto en total de 31,847 toneladas y capacidad de transporte de 291,000 barriles.

La flota petrolera de esta Institución está constituida a la fecha por 17 barcos-cisterna con capacidad de transporte que asciende a 1,093 millares de barriles, gracias a lo cual ha de intensificarse el tráfico en nuestras aguas, así como mejorarse el abastecimiento de los consumidores a partir de las terminales petroleras ubicadas en las extensas costas de la República.

lineado. Su mirar era recto y su voz bella y sonora. Su familia fué pobre, pero buena y amante. Juan Sebastián tuvo veinte hijos, todos interesados en música y su hijo mayor mostró un poco del genio del padre. Bach quedó huérfano a los nueve años y se trasladó entonces a su ciudad natal, Eisenach, a Ohrdruf, a vivir con su hermano, Juan Cristófero. A pesar de que este hermano, como todos los de Bach era músico, no comprendió el genio de Juan Sebastián. Una de las impresiones más hondas de su vida fué aquella en que el niño, vedado a leer un manuscrito que su hermano consideraba demasiado avanzado para él, sigilosamente, movido por una fuerza irresistible, noche tras noche, por seis largos meses, en silencio, con el terror del descubrimiento, en acecho, el niño Bach copió, nota por nota, aquella música que para él era necesaria, agua para su sediento espíritu. Las armonías de Pachelbel, Buxtehude, Kerl, Trohberger, de aquellos grandes maestros anteriores y contemporáneos a su época. Poco después de terminar su labor, Bach fué descubierto, su precioso manuscrito destruido, pero nunca, nunca olvidó él una nota de aquella música que seguro le costó su ceguera. No era Bach como Beethoven, tempestuoso, pero sí terco y determinado, con la arrogancia del genio que se conoce a sí, pero humilde con su Dios.

Bach sirvió como organista en iglesias donde la rutina del trabajo le in-

comodaba; pidiendo permiso cierta vez por cuatro semanas, no volvió por cuatro meses. ¡Ah, pero había trabajado durante esos meses con Dietrich Buxtehude! Al volver le acusaron, llenos de toda clase de quejas. Bach introducía sonidos extraños y nuevos en sus coros, les hacía demasiado largos, o demasiado cortos; Bach había permitido a una joven en la iglesia (su prima, María Bárbara Bach, con quien casó); una mujer no tenía derecho ni de hablar en la iglesia, ¡mucho menos tocar el órgano como ésta lo había hecho!

No se sabe cuál fué la contestación de Bach a todas estas acusaciones, pero poco después pasó a Muhlhausen, luego a la capilla de Weimar, a Leipzig donde murió. Siempre estudiando, creando, creando música perfecta, noble, sublime. Creando un lenguaje de voces gigantes y complejas, majestuosas, a veces sencillas con la claridad de voces de niños. Trabajo agobiador, mala salud, pobreza, humillación, vejez y ceguera, todo aquello que llamamos la fatalidad de la vida, todos aquellos sufrimientos que nos ofuscan, que nos hacen pesimistas y tristes, para Bach no tuvieron consecuencia ninguna. Su perseverancia, su industria, su nobleza creó sin tregua. Nada hizo mella en la calma y poder de su alma. Su genio creó música apasionada, sencilla y grande. Misas, Cantatas ¡93 de ellas!, Oratorios. Bach ha sido el inspirador de Beethoven, Wagner, Mendelssohn —padre de nuestras grandes sinfonías

y armonías—. Bach fué el gran precursor del intelectualismo europeo.

Por casi cien años la música de Bach fué para los escogidos, hasta que en el año 1829 Mendelssohn representó la "Pasión de San Mateo", en Berlín. Hoy día la música de Bach va mano a mano, con la celebración de la Navidad y de la "Resurrección". Es la música sagrada de todo el cristianismo simbolizado en Jesucristo. Pero, es más, es el ascenso del espíritu humano a lo alto.

Al escuchar la música se responde con los sentidos: en Ravel, Beethoven, Tchaikowsky, se siente con todo el cuerpo, es un color amarillo brillante. En Stravinsky, Glinka, Shostakovitch, llama a la marcha, un color rojo, una pasión completa. En Chopin, es un sueño de aurora y crepúsculo, un adormecer tranquilo, una sensación de amor. Las emociones evocadas por la música son diferentes y más o menos profundas e inspiradoras. A veces satisfacen el corazón, otras la mente, otras el alma. Inspiran a la creación, a ser mejor, a amar, a vivir noblemente, a arrojarse a la lucha, a soñar. Al escuchar a Bach, las emociones del cuerpo se apagan, hasta que la melodía pervade y es apenas la respiración humana, no es ni el latir del corazón. Una respiración leve y abstracta. Poco a poco desaparece el cuerpo, todo lo material en rededor; no se siente ni la estancia, solamente el sonido, que levanta, asciende; es una sensación celeste. Se

pierde lo humano y la paz que actualmente sana el alma, levanta las esferas de lo ideal, de la perfección, a la unión con nuestro Dios eterno.

FRESIA BRENES HILAROV, en *Repertorio Americano*. San José, Costa Rica, junio 1950.

La ciencia, la humanidad y la guerra

Cuando terminó la fase armada de la que llamamos II Guerra Mundial, el mundo sintió una profunda sensación de alivio al ver que se derrumbaba la amenaza tremenda que para toda la humanidad significaba el nazismo, con sus inaceptables conceptos de racismo, la brutalidad de sus métodos de opresión totalitaria y los horrores de sus campos de concentración.

Pero el gozo fué de corta duración. Muy pronto comenzaron a perfilarse en el horizonte negros nubarrones. La victoria se había alcanzado, pero las naciones victoriosas no sabían qué hacer con ella. Surgieron las disputas, se pusieron de manifiesto las divergencias de orientación entre las grandes potencias y el fantasma de la guerra volvió nuevamente a pasear su silueta macabra.

Desde entonces vivimos en una tremenda psicosis en la que se mezclan los recuerdos tremendos de los horrores que el mundo sufrió en la pasada contienda, con el temor de los horrores, sin duda mayores, que habrán de abrumarlo si la plaga bélica vuelve nuevamente a desatarse.

Vivimos temblando por el futuro, y pensando que una nueva guerra sería de una magnitud y una brutalidad tales, que no respetaría ya nada.

En todos los países, laboratorios enteros con los mayores presupuestos investigan para encontrar nuevos medios con qué destruir a sus semejantes, perfeccionar los ya existentes, y producirlos en cantidades suficientes para poder aniquilar a un potencial enemigo.

La bomba atómica, la nueva y tremenda bomba "H", la guerra bacteriana con todas sus consecuencias, los gases venenosos de una efectividad ni siquiera soñada antaño, son cosas que se preparan en esas verdaderas cajas de Pandora.

Todos y cada uno de dichos medios de destrucción son el producto de una ciencia enormemente adelantada; esa ciencia del siglo xx de la que, con justicia, nos sentimos orgullosos. Si la ciencia y la tecnología no hubieran alcanzado el nivel que actualmente tienen, no sería posible disponer de esas mortíferas armas.

Frente a esa situación no han faltado espíritus timoratos, y desde luego ayunos de criterio histórico y más ayunos todavía de la posibilidad de visualizar el panorama contemporáneo en toda su compleja amplitud, que se lamenten de ese adelanto científico, y que aun lleguen a pensar que el remedio a los males que aquejan a la humanidad consiste en frenar la investigación científica, impidiendo que el

hombre arranque más secretos a la Naturaleza.

Desde luego, es cierto que la investigación científica llevó al invento de la dinamita, a la elaboración de los gases asfixiantes, a la posibilidad de emplear cultivos microbianos o de virus para producir epizootias o epidemias artificiales con fines bélicos y, por último, a la fabricación de la tremenda bomba atómica.

Pero esa misma ciencia, es la que con los explosivos nos ha dado la manera de construir carreteras y abrir túneles para poner en comunicación a los hombres; esa misma ciencia nos ha brindado el modo de curar o prevenir muchas de las enfermedades; esa misma ciencia nos ha permitido aumentar y mejorar nuestra producción agrícola, poniéndonos a cubierto del fantasma del hambre. Y la misma línea de investigación que condujo a los más recientes adelantos guerreros, nos ha proporcionado mecanismos de seguridad para conducir nuestros aviones y esperanzas de multiplicar en el futuro la fuerza necesaria al transporte o a nuestras industrias.

Además, la ciencia no sólo es la posibilidad de encontrar métodos que impulsen la tecnología y nos permitan fabricar nuevos útiles e instrumentos. La ciencia es también un intento de interpretación de la naturaleza que, al librar la mente humana de prejuicios y supersticiones, destruye muchos de los terrores ancestrales que ensombrecían la vida de la especie.

Si alguien puede mirar con claridad hacia adelante es, precisamente, quien posea una mente orientada dentro de las verdades científicas fundamentales; si alguien puede visualizar los daños del futuro, es el que sepa razonar científicamente, y si alguien puede actuar con la calma suficiente y el desapego necesario, es el hombre de ciencia a quien una larga experiencia ha enseñado a considerar los problemas objetivamente.

No es exacto que la humanidad sufra porque la ciencia haya progresado demasiado. Por el contrario, los males que aquejan a la humanidad se derivan en gran parte de que aún no conocemos suficientemente los arcanos del Universo. Para que los hombres actúen en una forma más humana no es preciso apartarlos de la ciencia, como si ésta fuera una forma de contaminación pecaminosa; por el contrario, hay que luchar para impartir a todos los hombres los principios fundamentales de la ciencia y tratar de crear en ellos una mentalidad capaz de razonar aplicando dichos principios.

DR. ENRIQUE BELTRÁN, en *Tribuna Israelita*. México, septiembre 1950.

La democracia y su realización

El conflicto ideológico al que asistimos ha complicado considerablemente la política internacional, retrasando el programa de una paz permanente y

sembrando la confusión entre los pueblos de todos los países. Su existencia da un carácter imperativo a la necesidad de intentar seriamente una vuelta a los fundamentos mismos, para poner claridad en la terminología y hablar incluso de lo complejo en un lenguaje sencillo; porque, como dijo en cierta ocasión Justice Oliver Wendell Holmes, "la educación en lo evidente es mucho más necesaria que la elucidación de lo oscuro".

Lo que puede tener una utilidad más inmediata no son las historias detalladas de las ideologías, o de los países en que esas ideologías han encontrado curso, o de las abstractas disquisiciones de los filósofos que han construido los cimientos en que asentarlas, o de los agitadores que han formulado y expuesto las consignas y las hipótesis que contribuyen a hacerlas más plausibles, sino más bien los frutos y deducciones resultantes de esas historias, su quintaesencia. Incluso si aún no se han reunido en un gigantesco volumen todos los capítulos de esas historias, se encuentran suficientemente al alcance de la mano para permitir substanciales deducciones.

La democracia es la clave de los conflictos entre las diversas ideologías. Escarnecida y relegada entre las antiguallas por el fascismo y el nazismo, cada una de las demás ideologías pretende atribuírsela como de su exclusiva propiedad. Como los adormecidos rescollos que subsisten solamente del fascis-

Merck

MEXICO, S. A.

•

ELABORACION
DE
PRODUCTOS QUIMICOS
SALES, REACTIVOS
Y
ESPECIALIDADES
FARMACEUTICAS

•

Apartado Postal No. 8619

Teléfonos:

Eric. 18-13-20 Mex. 35-78-18

Versalles No. 15

MEXICO, D. F.



UNICAMENTE CONSERVAS DE CALIDAD

DESDE 1887

•

CLEMENTE JACQUES Y CIA., S. A.

MEXICO, D. F.

mo y el nazismo después de la Guerra Mundial, el conflicto ideológico se ha reducido a una contienda triangular entre el comunismo, la democracia "capitalista" más tradicional, y el socialismo. Cada uno de los tres, según proclaman sus propugnadores, es más auténticamente democrático que los otros dos. Y así ocurre, anómalamente, que las tres ideologías rivales en conflicto pretenden todas ellas ser democracias. Punto con el que estaban de completo acuerdo —cosa que no deja de ser muy significativa— los dirigentes del fascismo y del nazismo, que consideraron siempre a las tres filosofías de acción de masas como harina del mismo costal.

La confusión no viene de que los habitantes de los países a que corresponde cada una de las ideologías en pugna den a la palabra "democracia" un sentido único y diferente. El término, derivado del griego, ha conservado hasta nuestros días la esencia de su primitiva significación, es decir, gobierno del pueblo y por el pueblo, y no por un solo hombre o una minoría. La suma autoridad, la última instancia del poder reside en el pueblo mismo. Como dijo Abraham Lincoln: "Gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo", siendo el término capital el pueblo, y no las tres preposiciones o una cualquiera de ellas.

Eso es lo que se ha demostrado que significaba para los pueblos coloniales que aspiraron a conquistar su independencia en los dos últimos siglos. Eso fue lo que significó para el pueblo en la revolución rusa de 1917, de manera tan realista y activadora como para el pueblo francés en 1789. Hasta un grupo heterogéneo formado por un ruso, un español, un indio, un egipcio, un israelita y un norteamericano no encontraría motivo alguno de desacuerdo en cuanto al sentido de este término universal.

Pero al paso que los principios de la democracia, como hipótesis para la acción o como filosofía de la vida en una sociedad organizada en Estado, pueden formularse en un lenguaje universal e intemporal, su aplicación, en cambio, juntamente con las ideas concomitantes y con los medios técnicos indispensables para su funcionamiento y realización prácticos, está sujeta a variaciones punto menos que infinitas, no sólo de un Estado a otro, sino también de un período a otro dentro del mismo Estado.

La Declaración de Independencia formulada en Filadelfia en 1776 contenía ideas para la aplicación de la democracia, espigadas aquí y allá, que han acabado por ser aceptadas universalmente como parte del significado esencial de la democracia, aun cuando no contuviesen, en realidad, nada que no fuera la expresión verbal de lo que ya implicaba necesariamente el mismo término original de "democracia". Esa

declaración, sin embargo, sigue siendo la expresión más completa que de entonces acá se haya dado a los ideales o principios que, tomados en conjunto, constituyen la hipótesis o filosofía democrática.

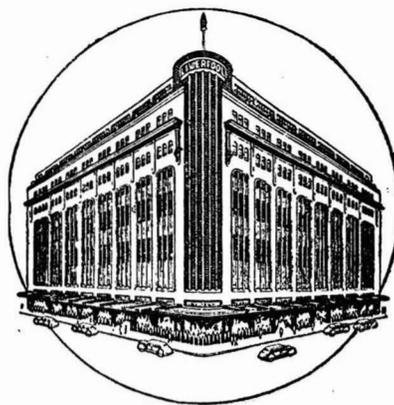
"Consideramos como verdades evidentes por sí mismas que todos los hombres han sido creados iguales, y que su Creador les ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre los que figuran el derecho a la vida, a la libertad y a la busca de la felicidad. Que para asegurar el ejercicio de esos derechos se han instituido entre los hombres gobiernos que fundan sus justos poderes en el consenso de los gobernados, y que, siempre que una forma de gobierno signifique la negación de esos fines, el pueblo tiene el derecho a modificarla o abolirla, y a instituir un nuevo gobierno, fundado en dichos principios y que organice su poder en la forma que parezca más eficaz al pueblo para su seguridad y felicidad. La prudencia recomendará, sin embargo, que no se cambien por causas fútiles o transitorias gobiernos que hacen tiempo establecidos."

Un siglo antes de la Declaración de Independencia norteamericana se habían formulado ya en Inglaterra una serie de derechos fundamentales del hombre, cuyo ejercicio habían de garantizar los gobiernos democráticos. Durante la Revolución francesa aparecieron consignas selectivas, y nuevos derechos vinieron a añadirse a los ya formulados. Desde entonces, las declaraciones de derechos, con una gran variedad de formas, han pasado a ser parte regularmente integrante de toda constitución y se consideran como elemento esencial en el sentido del término democracia.

El punto significativo que esto entraña es que, si ha de haber un gobierno independiente (en lo cual está la esencia de la democracia), ello implica que los derechos de los individuos que constituyen la sociedad respectiva deben ser respetados mutuamente, garantizados colectivamente y equitativamente distribuidos. En ninguna parte se ha hecho una enumeración completa de esos derechos, ni sería posible hacerla, si se tiene en cuenta el infinito número de necesidades primordiales que son indispensables para el más completo desarrollo posible de las capacidades de todos los miembros de una sociedad grande y compleja. La Declaración de Independencia de Filadelfia parece ya admitirlo al decir simplemente: "entre ellos (los derechos) la vida, la libertad y la busca de la felicidad". Y la Declaración de Derechos de la Constitución de los Estados Unidos se ajusta al mismo modelo al declarar que "la enumeración de ciertos derechos en la Constitución no significa que se nieguen o menoscaben otros derechos que asisten al pueblo".

En el transcurso de los siglos ha venido también a admitirse generalmente, no sólo que la democracia implica

EL PUERTO DE LIVERPOOL, S. A.



LOS ALMACENES
MAS GRANDES Y
MEJOR SURTIDOS
— DE LA —
REPUBLICA

NO OLVIDE QUE:

SI ES DE **LIVERPOOL** TIENE QUE SER BUENO!

el derecho que el pueblo de cada Estado tiene a gobernarse a sí mismo, sino, además, como obligación correlativa, la de no inmiscuirse en el ejercicio de ese mismo derecho por cualquier otro pueblo.

De esta manera se evidencia que la primitiva significación de la palabra "democracia" no ha cambiado, salvo que en su plenitud y en sus repercusiones, únicamente ha ido desarrollándose a lo largo de los siglos, gradualmente pero sin ajustarse a un ritmo uniforme en todos los países, habiendo logrado incluso su contenido cabal la palabra que le sirve de núcleo —"el pueblo"— solamente en nuestro siglo, al abolirse la esclavitud y cambiar la condición de los parias. No hay ninguna versión peculiarmente oriental, occidental, clásica o moderna de ese término que pueda ser causa de conflictos y objeto de litigio. Su amplio sentido general es el mismo en todas partes.

Pero no existe paralelamente, ni ha existido nunca, universalidad ni uniformidad correspondientes en cuanto a lo que constituye los mejores regímenes y técnicas con que aplicar los ideales y principios de democracia y convertirlos en realidades eficientes y concretas. La situación geográfica de un pueblo, su nivel de vida; sus experiencias pasadas, sus necesidades y problemas actuales, su filosofía, le dan el patrón para sus instituciones y procedimientos. Son los útiles, los instrumentos, la maquinaria con que el pueblo realiza su trabajo. Y como el trabajo que ha de llevarse a cabo, las necesidades y las condiciones son diferentes, las técnicas tienen que serlo también forzosamente. Y puesto que "los gobiernos, como los relojes", según dijo en cierta ocasión William Penn, "andan con el movimiento que les imprimen los hombres", el mecanismo tiene que ser adecuado al pueblo que ha de utilizarlo. Su estructura habrá de ser un tanto diferente según se trate de un pueblo que, como dijo John Milton, prefiere "la sujeción con holgura" a una "intrépida libertad", o de un pueblo que prefiera lo contrario.

El hecho por excelencia significativo es que todas esas técnicas de la democracia no han salido todavía, en gran parte, del terreno experimental. Ni siquiera en cuestión tan básica como la edad de votar, no hay aún ninguna decisión científica definitiva. Teóricamente, lo que se necesita es una serie de tests para medir la capacidad del individuo para desempeñar las funciones asignadas a los votantes, y luego admitir al sufragio a todos los que estén capacitados, sin distinción de edad. Mientras no se disponga de esos tests, ¿quién podrá sostener con fundamento que los veinte años sean una edad de votar más democrática que los veinticinco?

Conceder a las mujeres el derecho a votar en un pie de igualdad con los hombres es cosa considerada actualmente como medida imperativa en una democracia. Y sin embargo, en Suiza, la que suele ponerse en la cima de la escala democrática, las mujeres no disfrutan del privilegio del voto.

Más aún: antes de que pueda haber ninguna discusión fructífera sobre cuáles sean los mejores títulos para votar, es menester ponerse de acuerdo en cuanto a la cuestión de lo que constituye la esfera funcional en que el cuerpo electoral puede actuar y está preparado para actuar de un modo eficaz. El papel de los votantes en la elaboración de la constitución, en la labor legislativa y en la elección de funcionarios varía considerablemente de un país a otro.

Se admite generalmente que la libertad de conciencia y de expresión son inherentes a la esencia misma de la democracia; pero surgen profundas dudas y divergencias cuando se trata de establecer cuáles son los medios y procedimientos más adecuados para mantener esas libertades en los límites que les corresponden y evitar que amparen bajo su pabellón toda clase de actividades ajenas y algunas veces criminales o peligrosas en cualquier otro sentido. Libertad y seguridad van igualmente implícitas en la idea de democracia; pero en qué forma puedan lograrse ambas a la vez es el más des-

concertante de todos los problemas de la democracia.

Análogamente, tampoco está resuelta, por ejemplo, la cuestión de determinar cuál sea la mejor técnica para la selección de los jueces. ¿Es más democrático recurrir a la elección popular que nombrarlos, basándose en su mérito personal, por medio del poder ejecutivo o del parlamento?

¿Es más democrático abandonar toda la planificación industrial a la iniciativa privada, que disponer un plan de conjunto elaborado colectivamente a través del gobierno? ¿Es más democrático dejar enteramente la producción y la distribución en manos de la iniciativa privada, de las empresas privadas y de la propiedad privada, o implantar la propiedad y el funcionamiento colectivos por medio del gobierno? Actualmente, en rigor, ningún pueblo se atiene estrictamente a ninguna de estas dos alternativas. Es una cuestión de proporción y de grado. ¿Puede decirse que la influencia predominante de un partido minoritario sea menos democrática que la influencia ejercida en el mismo grado por un grupo extraoficial de industriales o agricultores? ¿Puede decirse que el consejo de ministros tipo constituya una forma más democrática que el tipo de gobierno ejecutivo independiente, o que la abolición oficial de los derechos de una minoría sea menos democrática que su supresión extraoficial en la misma proporción?

¿Es más democrático el uso de la fuerza para derribar un régimen político acusado de tiranía, como sucedió en Norteamérica y en Francia a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, que su uso contra un régimen industrial acusado de tiranía en el siglo XX? ¿Cabe decir que la intervención de un Estado en los asuntos de otro, en nombre de la seguridad, sea democrática para mantener un régimen determinado y no lo sea para mantener otro tipo de régimen?

En el conflicto ideológico se suceden demandas y reclamaciones, réplicas y contrarréplicas en interminables recriminaciones. En su loca rebusca de los defectos ajenos, los adversarios falsean su juicio cerrando los ojos a los jalones que marcan las conquistas que ensanchan las perspectivas de las pasadas contiendas. No se trata de determinar lo que significa la palabra democracia, y puede darse por seguro que, entre los principales contendientes no hay discrepancia en cuanto a reconocer que la democracia es justa y deseable. Lo que se discute es cuál de los países tiene actualmente una democracia más o menos efectiva. Y en ello va directamente implícita la cuestión de la superioridad o inferioridad de cada técnica determinada.

No ha habido hasta ahora en el mundo un sólo país que haya dado con la técnica perfecta para realizar por modo completo los ideales y los princi-

pios de la democracia. Los diversos Estados se encuentran en diversas etapas de esa realización. Difieren unos de otros por el grado en que han llevado a la práctica la democracia, y por su fe en ella o por la concepción que de ella tengan. Difieren unos de otros por la adecuación de sus técnicas y la autenticidad y la vitalidad de la buena voluntad que en aplicarlas pongan, no por su profesión de los ideales de la democracia.

No existe ninguna solución inmediata al conflicto de los relativos méritos de las técnicas y regímenes diferentes. Incluso si se remitieran esas discusiones al arbitrio de un grupo de ciudadanos eminentes de cinco países a los que el asenso general reconoce un nivel bastante elevado de democracia —por ejemplo Islandia, Suiza, Dinamarca, Noruega y Nueva Zelandia—, nada se conseguiría, probablemente, en nuestra era de desconfianza y sospechas. El hombre busca en vano los frutos de la amistad y de la comprensión en las espinosas manijas de la acusación y del espíritu vengativo. Los hombres están de acuerdo en cuanto al fin, “pero, por lo que toca a los medios”, como decía William Penn hace más de doscientos cincuenta años, “discrepan, tanto en lo que atañe a lo divino, como por lo que se refiere a esta felicidad humana; y la causa es en gran parte la misma, no siempre falta de luces y de conocimientos, sino falta de saber usarlos como es debido”. El único recurso que le queda al mundo es que pase más tiempo para experimentar las múltiples

técnicas, mayores y menores, y hacer la demostración de sus méritos...

ARNOLD J. LION, en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia*. Septiembre, 1950.

Las jícaras de Uruapan

La gran poetisa chilena, Premio Nobel de Literatura, se encuentra en México por una larga temporada. Mucho nos honra publicar aquí sus impresiones sobre un arte típico mexicano.

La jícara de Uruapan sigue siendo como la hija de don Vasco de Quiroga que trazó su primer diseño. Ha persistido en la ingenuidad de su dibujo y en la sencilla sabiduría de su procedimiento. Como material, ella es la más ligera y firme laca que ha salido de mano de obrero; como belleza, en pocas cosas la materia vergonzante cobra tal donosura y transfiguración.

La calabaza, terrosa cual el surco, primero es pulida; cuando ya la superficie ha aclarado el color, el obrero saca de un insecto, cuyo secreto es sólo suyo, el tinte intenso con que la tiñe. Pintando el fondo, corta delicadamente la parte donde irán las incrustaciones y hace éstas con ojo tan certero que resultan eternas. Se puede romper la jícara sin que se desprenda la guirnalda que la ciñe, amantísima.

Los tintes de la jícara son vivos. En su creación están los colores ardientes de la tierra cálida, los mismos de los trajes y de los sarapes. Son las gentes del trópico que llevan vestidos casi luminosos, en que el color parece que canta.

Dominan en la jícara los fondos ne-

gros o verdes, sobre los cuales resalta el motivo ornamental generalmente en rojo, destacándose violento como se destaca el tigre azafranado en la pradera de hierba. El más hermoso fondo es sin duda el negro. Sobre él parece que las rosas sangran más o que la guirnalda de hojas verdes se vuelve como húmeda de puro viva.

Sin saberlo, el artista indio sigue en su pobre jícara la norma espiritual que siguen algunos artistas de la palabra en sus creaciones. Fondo negro de betún tienen las figuras escarlatas del Dante en el infierno: fondo negro también las siluetas en rojo de Dostoiewski. Así hay entre las artes más complejas y más humildes una correlación mística; así quedan por ella unidos, aunque no lo reconozcan, el artesano encorvado sobre su laca y el hombre que trabaja con la santidad de la palabra.

El hueco de la jícara está siempre teñido de rojo. Es otro maravilloso acierto; en el interior, el pan o las frutas están como arrebolados por la sonrojadura ardiente.

La forma de la jícara varía mucho, desde el guaje alargado, del que se hace una especie de bandeja elegante y a veces tiene forma de brazo, hasta la calabaza perfectamente redondeada, que es muy escasa; cuando se la encuentra se hace la jícara más bella. Pero el artista, forzando la calabaza con la humedad, suele corregir la forma imperfecta, y la vence; enmienda la parquedad que tiene la naturaleza para dar formas perfectas.

Lo más noble de esta industria es la sencillez de los materiales y su proximidad. Cualquier suelo le entrega el fruto, del que no hace sino volcar la pulpa seca, exprime el color de los insectos que suben y que bajan de sus árboles; un pequeño cuchillito ligero basta para las incrustaciones y la palma, endurecida ya, arranca el lustre por la frotación ardorosa.

No tiene esta industria la necesidad de la máquina fea y pesada llena de frenos y piezas, que rinde al obrero con su exceso de fuerza. Por esto ha sido un trabajo de mujeres. Con el guaje en el regazo como un hijo, en el corredor de su casa o bajo el plátano familiar, hacen su labor; y ni siquiera saben que ella es maravillosa.

Y la materia es noble, porque puede perdurar. El calor del sol no la resquebraja; la humedad no la pudre, aunque la ablande un poco.

De los griegos se ha dicho que redujeron su industria a pocos objetos, que sólo hacían vasos, telas y flautas. Otro tanto puede decirse del indio mexicano: en el ánfora de Guadalajara da la figura central y noble de la mesa; en las telas de Toluca y de Puebla entrega a las mujeres sus trajes de tonos vibrantes, y en los violines y en las guitarras de Pátzcuaro da la materia sensible, propicia para entregar el divino temblor musical.

GABRIELA MISTRAL, en *Tribuna Israelita*. México, 1950.

ELLA

**ESTA TRABAJANDO
PARA
SERVIR A USTED
MEJOR**

**NUEVAS MANOS SE UNEN A NUESTRO ESFUERZO
Estas manos eficaces le brindan
el contacto que su vida de trabajo
y relaciones requiere.**

**Pese a las dificultades que se presentan en todo el mundo,
por la escasez de materiales, nuestro propósito va cumpliéndose
con la ampliación de las centrales y la incorporación
de nuevos puntos a la red telefónica.**

**Durante los dos últimos años, hemos instalado 27 nuevas
centrales en la República.**



Hacemos todo lo posible por servirle
TELEFONOS DE MEXICO
S. A.